

golfado antes en profunda meditación, interrumpida apenas por algunas rápidas miradas á su alrededor, parecían anunciar que había llegado para él la hora decisiva.

Este cambio fué tan ostensible que M. Rupert se volvió hacia Tabouret y le dijo:

—Mirad... Cualquiera diría que se nos prepara un golpe sorprendente.

Tabouret, encogiéndose de hombros, contestó:

—No hay miedo; conozco el asunto.

Sin embargo, el abogado general no parecía del todo seguro.

La lista de los testigos de descargo le había llamado mucho la atención y despertado sus recelos.

Había un poco de todo entre aquellas gentes que la defensa, representada por aquel joven tan firme y tan tranquilo á la vez que se llamaba el conde Pedro de Meillant, sobrino de una duquesa, millonario, heredero además de una fortuna mayor que la que poseía, médico á ratos, abogado á medias, futuro sacerdote según se decía, había ido reclutando por todos los rincones de Francia.

Figuraban en aquella lista el cura de Chappelle-aux-Ifs; nuestro conocido Peschard, el jovial médico de Serigné, M. Sougé, dos granjeros, una labradora, que era la que había asistido á Brígida, la vieja criada de los Beroult; agentes de seguridad, la portera de la calle de Douai y hasta M. Bal, el expansivo é inflamable principal de Margarita Souvray, el cual no acababa de explicarse para qué era necesaria su deposición en aquel proceso, y

otros muchos, entre ellos M. Champier, notario de París.

Pedro de Meillant no había querido dejar que se trasluciese nada acerca de sus medios de defensa.

Estos, en el fondo, eran de una sencillez admirable.

Se trataba de probar que la víctima de aquel drama, cuya acción había durado dos años, no era el prefecto del Cher, el antiguo secretario de la prefectura de policía, sino aquella pobre niña despojada, deshonrada, enloquecida por la persecución del miserable que se obstinaba encarnizadamente en perderla.

Hasta entonces todo se había vuelto contra la cliente del conde.

En adelante, su salvación dependía de las declaraciones de los testigos.

El auditorio lo comprendía así, lo mismo que los abogados y los jueces acostumbrados á estos debates, á veces más conmovedores que todas las invenciones de los novelistas y dramaturgos.

M. Dubronier dijo al presidente, que le dirigió una mirada de inteligencia.

—No se por qué; pero creo que Tabouret va á sufrir un fracaso.

Para los curiales, la lucha no se entablaba solo entre el herido y la acusada, sino entre la defensa y el ministerio público; ó mejor aún, entre el juez de instrucción, aborrecido por todos, y el conde Pedro de Meillant.

Inútil es decir que todos los votos eran á

favor de la joven, tan encantadora por su aspecto como digna en sus respuestas.

El presidente dió una orden.

El ugier se acercó á la sala de testigos y llamó:

—Mr. Sougé.

El médico de Serigné entró en la sala de audiencia.

—¿Vuestro nombre?—preguntó el presidente.

—Onésimo Victor Sougé.

—¿Edad?

—Cincuenta y dos años.

—¿Vuestra profesión?

—Médico de Serigné.

—¿Qué sabéis sobre el hecho origen de esta causa?

—El coronel Souvray era cliente mío...

El abogado general se levantó.

—El coronel Souvray, dijo, no tiene ninguna relación con el asunto que nos ocupa.

El jurado Lauderet dijo al presidente.

—Suplico, señor presidente, que se proteja la libertad de los testigos.

Y se sentó con aire de dignidad.

El abogado general le imitó, dando evidentes señales de sentirse ofendido en su amor propio.

El presidente invitó con un gesto á monsieur Sougé á que continuase.

—Sé, dijo, que el coronel pasaba por hombre rico, y en el país se sabía que el viejo Beroult..

—¿Quién era el viejo Beroult?—interrumpió el presidente.

—El padre del que se hace llamar M. de Serigné: era usurero y se asegura que tenía á su cargo los asuntos del coronel.

—¿Qué fortuna se le suponía á este?

—Unos veinte mil francos de renta.

—Eso no era más que un rumor, objetó desdeñosamente el abogado general.

—Después de la muerte del coronel, continuó el testigo, muerte que me pareció algo prematura, sus dos hijas, que eran las jóvenes más estimables del país, quedaron sin recursos, lo cual causó extrañeza á la mayor parte de sus convecinos, entre los que me cuento yo, muy impresionado entonces con la súbita muerte del coronel. En el momento de ocurrir esta, se hallaba á su lado M. Roland Beroult...

—Es muy grave la indicación que acabais de hacer, interrumpió el presidente.

—Pues es sencillamente lo que se puede decir al encontrarse muerto á un enfermo á quien se supone algunas semanas ó algunos meses de vida. Porejemplo: encendéis una bujía que debe durar dos horas; salis cinco minutos y al volver se ha apagado: se piensa naturalmente que alguien ha soplado. Eso es lo que he creído.

—¿Eso es una mera opinión?—preguntó el abogado general.

—Seguramente.

—Entonces solo tiene un valor muy relativo.

—¿Tenéis algo más que decir?—preguntó el presidente.

—Sí, señor; llego al punto más impor-

tante. Las hijas del coronel abandonaron el país... La más joven murió en París, la otra desapareció...

—¿Os referís á la acusada?

—Sí, señor presidente. M. Beroult hijo, secretario general de la prefectura de policía entonces y después prefecto de Bourges, conservó la casa de su padre en Serigné, un gran edificio de poco valor, en el que vivía sola Brígida, la antigua sirvienta de los Beroult. La opinión suponía que sabía muchas cosas que reservaba... Yo no pensaba en esto: lamentaba la suerte de las señoritas Souvray; pero el asunto que á ellas se refería estaba casi olvidado, cuando una noche se me fué á buscar precipitadamente para asistir á Brígida, á quien encontré moribunda.

A estas palabras siguió un movimiento de expectación en el auditorio.

Jueces, abogados, público, la acusada y los mismos gendarmes estaban pendientes de las palabras de aquel médico rural, que en medio del mayor silencio continuó de este modo:

—Hallé cerca de la moribunda á un desconocido, cuyo rostro no olvidaré nunca, así como tampoco el sonido de su voz; al cura, á la mujer que asistía á la enferma, á un mendigo muy estimado en nuestro país, llamado Peschard, y á un convecino: la vieja declaró ante todos ellos, para descargar su conciencia en su última hora, que su amo Roland Beroult había quemado ante ella los documentos que acreditaban el de-

pósito de la fortuna del coronel Souvray, y que Beroult se había apoderado de ella, de cerca de medio millón de francos. De esta declaración se levantó acta firmada por todos los presentes.

Si hubiese caído un rayo á los pies de M. Tabouret, no le habría causado el efecto que le produjeron estas palabras.

—Otro testigo—dijo el presidente.

El cura compareció declarando que había firmado el acta de la declaración de Brígida, hecha á presencia suya.

—¿Qué concepto teneis de la familia Souvray?

—El coronel era un hombre honrado, muy honrado, muy confiado y muy generoso.

—¿Era rico?

—No conocía su fortuna; pero puedo decir que más de una vez, al visitarle me entregó un billete de mil francos, diciendome: «Para vuestros pobres.»

—Y de sus hijas, ¿qué opinión teniais?

—La señorita Margarita—dijo el sacerdote, volviendo el rostro hacia la acusada—era un angel de bondad, y en cuanto á su hermana puedo decir que no he conocido criatura más pura.

Al llamar el presidente á otro testigo, presentóse Peschard, vestido como en Serigné.

—¿Cómo os llamis?

—Francisco Peschard.

—¿Edad?

—Sesenta y siete años.

—¿Profesión?

—Mendigo. Hace treinta años quedé inútil al detener los caballos de la posta que se habían desbocado en la cuesta de Joué: desde entonces vivo de la caridad.

—¿Qué sabéis sobre el hecho por el que sois llamado á declarar?

—Lo que acabais de oír á los que me han precedido. Yo estaba seguro de que Roland Beroult había robado á las señoritas Souvray y de que Brígida lo sabía y lo callaba por no perder al hombre que consideraba como hijo suyo. Pero la vieja era religiosa y el remordimiento minaba su vida. Un día, el joven caballero que está ahí (y señaló al conde de Meillant) vino á buscarme á mi casa, que medió el coronel, y ví que sabía la historia de estas señoritas tan bien como yo. Hablamos, y le prometí avisarle cuando la pobre Brígida estuviese para morir. Así lo hice. Fué á Serigné, habló con la moribunda y ésta confesó el crimen de su amo.

—¿Es eso todo cuanto tenéis que decir?

—No. Brígida, al principio, rehusaba confesar, y no lo hizo hasta que supo que su amo había muerto.

—¿Lo sabiais?

—Sí.

—¿Quién os lo había dicho?

—Una carta de la acusada, que me decía así: «Mañana á media noche habrá dejado de existir el que me ha hecho tanto daño». Lo de Brígida sucedió á las tres de la madrugada.

—¿Por qué no tratasteis de impedir el crimen?

—Era tarde, señor presidente. De haber sido posible lo hubiera hecho, no por él, sino por ella... ¡Pero no será condenada, es imposible!... Yo la conozco... ¡Es un ángel de Dios!

—¿No tenéis más que decir?

—No, señor presidente.

—Retiraos.

El hielo se había roto. Desde aquel instante la acusación estaba en el abismo.

La declaración de los dos agentes, Pablo Bordier y Pitot, colmó la indignación pública.

La innoble trama de que había sido víctima la hija del coronel, fué referida de tal modo, que sublevó el alma de los jueces y de los jurados.

El abogado general apenas se atrevía á formular algunas preguntas á los agentes para hacer resaltar la indignidad de su proceder al hacer traición al secreto profesional. Pablo Bordier que, seguro del porvenir, no temía nada, le replicó con cierta acritud:

—Quisiera haberos visto en mi lugar, señor abogado, amenazado con la prisión y la deshonra, si desobedecía las órdenes del jefe.

—¿Y ahora no tenéis nada que temer?— preguntó irónicamente el abogado general.

—Hoy—respondió Pitot—hemos dejado la policía y nos consagramos á reparar el mal que hemos hecho por obedecer á otros. Pensaréis como querais, pero esto es honrado...

El presidente insistió;

—¿De manera—dijo—que M. Beroult os había ordenado la detención de Margarita Souvray?

—Sí, señor.

—¿Y no era culpable?

—Como vos, señor presidente.

—¿Recibisteis dinero por este servicio?

—¡Oh!... muy poco... unos miserables napoleones.

—¿Conocíais el motivo que impulsaba al secretario del conde de Magni á cometer tal infamia?

—No lo sé, porque él no se franqueaba con nosotros.

—¿Tenéis algo más que declarar?

—Sí, señor. Después de la guerra, la joven encontró una colocación... y nosotros fuimos á prevenir al dueño de la casa...

—¿De modo que la hicisteis arrojar de aquella casa en donde ganaba la vida?

—Era en cumplimiento de una orden...

—Era una verdadera iniquidad lo que hacíais...

Continuó el desfile de testigos.

M. Champier dió noticias sobre la fortuna legada por el conde de Montevrón á Blanca Carol y el robo de papeles en su casa de campo, con lo que se aclaraba la extraña petición en matrimonio de la hija de una criada por un ambicioso de la índole de Roland Beroult.

Por último, M. Bal, el dueño del almacén de corbatas, declaró haciendo un elogio cumplido de su empleada, volviéndose al terminar hacia Margarita para decirle:

—Os pido perdón, señorita, por la injuria que os hice; pero ya comprendereis que no fué mia la culpa, sino del bribón que nos engañó.

Faltó poco para que no estallase una salva unánime de aplausos entre la concurrencia.

El cura de Chapelle-aux-Ifs elogió su heroísmo y su ternura para con la compañera que había perdido.

Las señoras lloraban y algunos concurrentes enseñaban el puño á un ser imaginario que debía ser el prefecto del Cher.

La causa estaba desde aquel momento ganada. M. Tabouret veía derrumbarse aquel edificio de la acusación, tan cuidadosamente levantado, y hubiera querido estar á cien leguas de aquel sitio. El procurador Dubronier sonreía maliciosamente, y de vez en cuando, cogía la mano al presidente, diciéndole al oído:

—Espero que le haréis una ovación.

—¡Pobre niña!

—¡Una mártir!

El viejo abogado Seguin reunía los documentos para ponerlos á disposición de su compañero accidental, Pedro de Meillant, siempre impasible y sereno.

Terminados los interrogatorios, el presidente se dirigió al ministerio público, y con una exquisita cortesía, dijo:

—El señor abogado general tiene la palabra.

Y volviéndose hacia Dubronier:

—Es una empresa bien difícil la suya.

M. Rupert era ducho en el oficio: conocía las veredas para salir de un mal paso, y después de todo, su anhelo se cifraba en un triunfo meramente personal. El brillante orador salió victoriosamente del paso, sacrificando á Tabouret que se había dejado extraviar por la facilidad con que la acusada se confesaba autora del hecho, y no supo distinguir las causas del atentado por fijarse en la superficie sin escudriñar el fondo de las cosas.

Juzgó mesuradamente las declaraciones de los testigos, no sin levantar protestas en el auditorio, predispuerto en contra de Roland; y trató de demostrar lo indigno de la conducta de los agentes que venían á acusarse ante el tribunal de sus propias faltas.

Y en un periodo brillante, en que encontró medio de colocar clausulas sonoras y frases armoniosas, pidió un veredicto de culpabilidad, admitiendo circunstancias atenuantes, en virtud de ese gran principio de las sociedades que niega á todos el derecho de hacerse justicia por si mismos.

Levantóse el conde Pedro de Meillant, comenzando con un exordio modesto.

—Señores magistrados, señores jurados, os pido que seais indulgentes con mi inexperiencia en los debates del foro. Si hubiese visto sombra de duda sobre la inocencia de la acusada, no me hubiera encargado de su defensa. No trato sólo de alejar de ella una sentencia condenatoria, sino de conseguir una rehabilitación completa que le permita salir de aquí con la frente levantada y lim-

pia de toda mácula su honra, calumniada vilmente por un miserable. Sólo por un milagro puedo demostrar su inocencia, y voy á contar cómo se ha realizado: eso constituirá todo mi informe.

Hace próximamente dieciocho meses encontré una noche por el boulevard Clichy á una joven enlutada, en cuyo rostro se veía pintada la más profunda desesperación. Le hablé y se negó á oirme. Insistí, tratándola con el respeto que á cualquiera otro hubiera inspirado aquella imagen viviente de la desolación y la desgracia. Supe que tenía una hermana que moría en la miseria, en una pobre habitación de la calle de Douai... Yo era médico y le pedí permiso para visitar á la enferma al siguiente día: me lo concedió y nos separamos.

Aquella misma noche, apenas acababa de hablar conmigo, fué detenida... ya sabéis cómo: era víctima de una de las más terribles maquinaciones que puede concebir el hombre más perverso.

Cumplí mi promesa, y al siguiente día encontré en la calle de Douai, en aquel rincón en donde ocultaban su miseria las hijas de un honrado militar, á otra joven, ya moribunda.

Permitidme, señores, haceros la descripción de esta infortunada, á quien dejaba sola en su miseria y en su agonía el abuso del poder que acababa de abatir á la que se encuentra ante vosotros. Era una niña de diecisiete años, angelical, de una distinción suprema, con ojos azules, en los que se refle-

jaba algo de aquel cielo que ella no debía ver más.

Permanecí á su lado veinticuatro horas, y entonces, ante su tumba abierta, me contó su triste historia y el despojo de que habían sido víctimas, á la vez que la odiosa visita que éste Roland Beroult les había hecho la víspera, las infames amenazas dirigidas á Margarita Souvray, la acusada de hoy, esta niña á quien él ha arruinado, despojado de todo, y ante la que tuvo la audacia de proferir estas palabras, tan crueles como irrisorias: «Serás mía porque te amo.»

«En presencia de semejante audacia cree uno estar soñando. Roland Beroult, el ladrón, tal vez el asesino del coronel Souvray, á quien arrebató los justificantes del depósito hecho á su padre, tuvo la imprudencia de decir á su víctima: «Os someteréis, ó caeréis tan bajo que nadie se atreverá á levantaros... llegaréis á tal extremo, que á despecho de vuestra fiereza, sucumbiréis á mis deseos.... Seréis tan despreciada, que no os atreveréis á levantar la voz contra mi para quejaros.» Y llevó á cabo sus amenazas.

Dos testigos han declarado cómo procedió el indigno secretario del conde de Magni para abusar de su fuerza y de su poder, para confundirla con la escoria de París, para encerrarla en San Lázaro y arrancarle aquel consentimiento escrito que le arrebató para siempre el derecho de reclamar justicia contra los crímenes del malvado.

Ahora bien, señores; si Margarita Souvray por aquella infamia, por aquel robo,

por aquella abominable iniquidad se hubiese vengado; si esta injusticia, si este robo, si esta infamia hubiesen armado su brazo; si hubiese herido al hombre que le había robado, ¿no la había envilecido y arrojado á la miseria, ¿la condenaríais?

Pero no es esto. Juzgaréis quizá que, sobreexcitada, loca, ha podido llegar á esta venganza á impulso de una cólera legítima, y que ante la fuerza que abusaba de ella con implacable crueldad tenía el derecho de rebelarse y devolver mal por mal, todo cuanto pudiera, en la seguridad de que, por mucho que fuese, no igualaría nunca al que le habían hecho. Podéis creerlo así; pero para ello es necesario no conocer á mi defendida, que jamás ha tenido el pensamiento de vengarse.

Los hechos lo demuestran. Creyó que no podía vivir sin honra; pero en vez de decidirse por el asesinato de su enemigo, pensó en que ella podía morir, y buscó la manera de satisfacer aquel deseo de la desesperación, aceptando la que la casualidad le ofrecía con la terrible guerra de que acabamos de salir. Se alistó entre las mujeres de sublime valor que afrontan la muerte por cuidar á los enfermos y heridos, escribiendo en aquel libro de honor del alistamiento el nombre de su madre, porque no se atrevía á pronunciar el de su padre, injusta, inicuamente mancillado.

Ya os han dicho cuál fué su conducta. Jámás la aureola bendita de la caridad orló frente tan hermosa como la suya. El vene-

rable cura de Chapelle-aux-Ifs os ha relatado los horrores de aquella noche terrible en que la verdadera María Magdalena, una martir, su amiga, su compañera, encontró la muerte á su lado: todavía no se ha desvanecido en ninguno de nosotros la emoción producida por las palabras del digno sacerdote, y no necesito detenerme sobre esto.

»Voy á tratar el punto de la usurpación de nombre que el señor abogado general ha juzgado tan amargamente, y por fin al crimen que nos trae ante vosotros, así como sus causas, que seguramente habeis ya comprendido.

»Terminada la guerra sin que Margarita encontrase la muerte que ambicionaba, pudo recurrir á la benevolencia de la duquesa de Maillepré, siguiendo el consejo de su amiga, presentando la carta escrita por aquella momentos antes de su muerte á su desconocida protectora. Voy á leeros esas líneas escritas bajo el fuego del enemigo, y ellas os probarán mejor que todos los discursos el noble carácter de estas dos victimas del destino.»

El conde leyó en medio de la emoción general la carta por la cual María Magdalena recomendaba á la duquesa de Maillepré á su amiga, y más de un pañuelo se empapó en lágrimas, más de un sollozo interrumpió el silencio de la sala mientras el joven defensor leía.

«Demasiado altiva—continuó—para recurrir á la caridad, la hija del coronel Souvray, despues de asegurar el reposo de su querida muerta en un rincón de tierra ben-

edita; debilitada por una larga dolencia, tomó el camino de París para continuar su penoso combate contra la adversidad, con la esperanza de vencerla con su perseverante trabajo.

»No contaba con el hombre infame que había jurado perderla y esclavizarla. Pertenece á esa clase de vividores que no caen con el régimen á quien todo lo deben, atentos únicamente á su egoismo y á su provecho, que persiguen por todos los medios, buenos ó malos. Margarita Souvray debió encontrarlo otra vez, y ved lo que sucedió entónces.

»Un hombre honrado que se ha expresado ante vosotros con una lealtad á la que rindo homenaje, le proporcionó un empleo con el que ganaba su subsistencia sin tener que pedir nada á nadie, creyéndose casi dichosa en aquella modesta condición, cuyas privaciones aceptaba sin quejarse ella, que había nacido para vivir desahogada é independiente.

»Un día pasó por aquella casa una ráfaga emponzoñada, y sus compañeras se apartaban de su lado ó cuchicheaban, mirándola como se mira á todo el que es objeto de nuestra compasión ó de nuestro desprecio.

»Margarita comprendió que su dulzura, su sencillez, su afabilidad no eran bastantes para defenderla contra la inmunda calumnia astutamente propalada. Su jefe le llamó, y ya habéis oído pedirle perdón por haber prestado fé á mentiras infamantes, después de hacer justicia á su virtud y á su probidad.